EL NACIONAL

AÑO XXVI--Número 9,510 — BUENOS AIRES, Miércoles 3 de Abril de 1878 — Director--Samuel Alberú

DIARIO DE LA TARDE

Se publica por su Imprenta
Bolívar 65 y 67

Editor responsable—Ramon Lozano

SUSCRICION
En la ciudad, por mes ..... 30 pesos
En la campaña ..... 35 "
En las Provincias ..... 12 reales oro
Número suelto ..... 1 peso
Se reciben avisos y comunicados hasta las 2 de la tarde

REDACCION

Personalismo

La redaccion de *La Tribuna* no puede mantener su serenidad.

Se siente irritada con los argumentos templados.

Se siente vencida por el desprestigio de su pasada dictadura.

Desconoce el terreno de épocas nuevas:

Se encuentra sola en sus propósitos de preponderancia, y en su propaganda de recrudescencias *furibundas*.

No puede ó no sabe discutir ideas, y vuelve á la mania vieja de discutir personas.

Frunce el ceño, para volver á desarrugarlo.

Toma aire amenazador para asustar niños ó para imponer á los tontos.

Con este bagaje no se hace camino, cuando nadie quiere dejarse estar en los pantanos enfermizos y fiebrosos de las luchas pasadas.

Por eso se queda sola.

Respondimos á los ataques al Dr. Irigoyen, no para defenderlo, porque no necesita defensas.

Respondimos para revindicar las ideas de una época nueva justificadas por los hechos.

Ahora se busca nuestra persona, *como cosa muy importante* para resolver grandes problemas *de conveniencias perdidas* que se proguran restaurar.

Ese medio lo señaló Larra hace muchos años en su famosa alusion á la *berraga*.

Es una táctica excelente para usarla delante de los estúpidos, pero no delante de una sociedad ilustrada y pensadora.

No se discute á Barra; se discuten sus ideas.

Si está en error nadie le hará caso, y negocio concluido.

Si dice disparates, nadie lo leerá, en lo que probarán sobrada cordura.

Pero si acierta á pensar y á producir en armonia con el interés y con el juicio público, nadie vendrá á averiguarle cual es la historia de su vida política.

A nadie se le importa; ni tenemos tampoco interés en exhibirla.

Ella nos hace alto honor, pero la guardamos.

Ella está contentando nuestra conciencia y nuestros recuerdos.

Pero no pertenecemos á esa escuela de los *geremiadas políticos* ó de los bombos empalagosos que se ostentan en bandeja para vivir de las palabras cuando no se pueden ostentar timbres.

No pretendemos ser discutidos; no lo tememos tampoco.

Si el redactor bilioso de *La Tribuna*, tiene entre las combinaciones *del personalismo* la pobre idea de ocuparse de nosotros, lo hemos de convencer de que nos debe respeto.

Le hemos de mostrar, que si tenemos voluntad de dejar en la oscuridad nuestros servicios á la pátria y nuestros títulos en su organizacion, nos los ha de envidiar deveras á despecho de sus gratuitos rencores.

Que no le hemos de consentir que nos cobre alquiler en nuestra tierra como dueño de casa: como esos propietarios arruinados que pesan sobre sus inquilinos.

Necesitamos establecer un hecho solamente.

Nosotros no escribimos ningun *diario de Rosas*.

Escribimos nuestro propio diario.

Vinimos á Buenos Aires en 1850.

No tenemos la culpa de que existiera Rosas.

Esa responsabilidad es de los que lo levantaron.

Nosotros no somos ni fiscales ni jueces de esas responsabilidades.

No nos apropiamos las facultades de la historia.

Nuestro diario era una industria hasta que se pronunció el general Urquiza en 1851.

Era un diario puramente literario y comercial, bastante útil en el servicio de esos ramos.

Fué un diario político cuando se pronunció el General Urquiza.

No vamos aquí á pretestar disculpas pueriles sobre las causas que motivaron los recios ataques que le dirijimos.

Por el contrario, ha llegado la época de ser ingénuos.

En esos ataques ardientes fuimos sinceros.

Respondiamos al sentimiento profundo de nuestra alma.

Puede decirse que *nos vengábamos* de nuestras propias contrariedades.

Lo atacamos con ardor, antes y despues de su triunfo:

Un diario de esa época nos decia á los pocos dias de Caceros.

Insolente! que se atreve todavia á desafiar al general Urquiza en el porvenir!!

El general Urquiza tenia concertada la cruzada contra Rosas en 1847.

Fuimos actores muy influyentes en los arreglos de esa coalicion en que entraba tambien el Paraguay.

Incidentes históricos que alguna vez revelaremos, cambiaron de repente el concierto de la libertad; y el General Urquiza desligado en una hora, se preparó á invadirnos en Corrientes.

El ejército correntino en que formábamos, tomó la ofensiva para invadir á Entre-Rios.

Nuestro gefe de vanguardia el General Cáceres se pasó en el Rio Corrientes al General Urquiza, y tuvimos que retroceder á *Vences* buscando un campo defendido, donde fué vencido el ejército correntino en una sangrienta batalla.

Asuntos supremos, pero esencialmente privados nos obligaron á venir á Buenos Aires.

No fuimos á *ofrecernos* al vencedor de Rosas.

Fuimos buscados por él, y los sucesos nos acercaron.

Está vivo el Doan de la Iglesia del Paraná Dr. Alvarez, tambien Diputado al Congreso.

Este caballero fué instado por el General Urquiza para que nos invitara á una entrevista.

Una segunda overtura del mismo, nos resolvió á verlo; y mas que todo la magnanimidad que mostraba en este acto el prepotente vencedor de Caseros.

En esa entrevista nos esplicó las causas que motivaron su conducta con la *coalicion* de Corrientes y los propósitos que traia para la organizacion del país.

Nos pusimos de firme al lado de esa organizacion que nos ha constituido por fin; y merced á la cual estamos obligados á hablar de principios y no de hombres.

Veinte años de trabajo y de luchas nos han dado el derecho de mantenernos mas arriba de la árida superficie que quiere señalar *La Tribuna* con su dedo *czarino* á lo menguados.

Tenemos que levantar todavia un *cargo gratuito*.

La Tribuna quiere interesar el espíritu de la *inmigracion*, disponiendo de su ánimo á favor de sus ódios.

Hemos dicho simplemente *que la emigracion no dá derechos.*

Que así lo han comprendido y lo han practicado los que no han regresado á su país para imponerse sobre los demás.

No hemos de perder nuestra serenidad en el debate, si se nos llama á discutir ideas y no personas.

Por eso no nos ocupamos para nada del Redactor de *La Tribuna*, porque ha ocupado demasiado al público sin que nadie haya ganado en ello.

Los robos municipales

El municipal Golfarini hizo mocion en la última sesion de la Corporacion para que se publicara el acta de la sesion secreta que celebró la Municipalidad con motivo de los grandes robos que se están descubriendo en las oficinas de impuesto.

Apoyó su mocion calorosamente el señor Balcarce y en la votacion solo los acompañó el señor Municipal Villar.

La mayoría resolvió que los robos queden envueltos en el misterio.

Por qué?

Se dijo en esa sesion algo que necesito reservarse para los sumarios que se instruyen?

Estarán complicados en el fraude empleados de mayor categoría que los que se designan hasta hoy á funcionarios que no sean empleados?

Segun nuestros informes el Presidente de la Municipalidad D. Enrique Perisena, ha sido quien se ha opuesto con mayor empeño á la publicacion del acta.

Estudios económicos

Si no ha entrado á fondo, tiene que entrar la nacion en el estudio del sistema de los impuestos.

No estará de mas que se tengan delante los buenos modelos, que son yá favoritos en la organizacion de este país.

Por eso transcribimos con gusto de un diario de New-York el siguiente artículo:

EL IMPUESTO SOBRE LA RENTA EN LOS ESTADOS-UNIDOS

Razones por las cuales el Sur y el Oeste desean poner un impuesto sobre la renta.—Division desigual de las cargas nacionales.

(Del «New-York Weekly Herald»)

El argumento que se hará en favor de la imposicion de un derecho sobre la renta es que este es el único medio de igualar los impuestos en todo el país. Mr. Randorph Tucker, uno de los miembros del *Comité of Ways and Means*, tiene preparado un manifiesto á este respecto, en que demuestra que en 1875 de una entrada de impuestos interiores de mas de 103.000,000 de pesos, los Estados del noroeste, incluyendo Maine, Nueva Hampshire, Vermont, Massachussetts, Rode Island y Connecticut, pagaron 1.000,000, debiendo pagar 9.000,000 en proporcion á su poblacion y 14.000,000 segun su riqueza.

Los Estados del centro, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania y Dalaware, pagaron 24.000,000 de pesos. Su contribucion, segun poblacion, habria sido de igual cantidad, pero en proporcion á su riqueza debian haber pagado 38.500,000.

Los Estados del noroeste y los territorios incluyendo Ohio, Indiana, Illinois, Michigan, Wisconsin, Lowa, Minnesota, Kansas, Nebraska, Montana, Dakota, Colorado, Arizona, Idaho, Utah y Wioming pagaron 43.500,000 pesos. La parte que le correspondia en proporcion á su poblacion era solo de 30.333,333 pesos y segun su riqueza solamente 27.500,000.

Los Estados del centro en el sur, incluyendo Maryland, Virjinia, Virjinia Occidental, Carolina del Norte, Kentucky y Missouri, pagaron 26.000,000 de pesos. Su parte, segun la poblacion, debia haber sido 17.750,000, y segun su riqueza 11.500,000.

Los estados algodoneros, incluyendo Carolina del Sur, Jeorjia, Florida, Alabama, Mississippi, Luisiana, Tejas, Arkansas y Tennessee, pagaron 2.250,000 pesos, pero su parte proporcional al número de habitantes era 19.500,000, y segun su riqueza 17.000,000

Los Estados del Pacífico pagaron mas de 3.000,000 de pesos; segun su poblacion debieron haber pagado menos de 2.000,000; y segun su riqueza menos de 2.250,000 pesos.

Se asegura por los encargados de colectar los impuestos que casi todos los bonos del gobierno libres de impuestos están en poder de los que habitan los Estados del Norte á la orilla del mar, y que el único medio de que esta clase de bienes contribuya con su parte en los impuestos, es recargarlos con un derecho.

Se piensa recargar con un derecho á las grandes rentas, y la idea que prevalece á este respecto es de esceptuar á todas las que no pasen de 2,000 pesos y gravar con un derecho de uno á cinco por ciento (algunos quieren un siete ú ocho) á las que pasen de 30 á 40,000 pesos.

Se cree q' el noroeste y el sur se unirán para imponer un derecho sobre rentas, pero la cuestion estriba en cuánto se han de gravar! Se solicitará de la cámara un plan para el arreglo del impuesto, de modo que se esceptúen todas las rentas por salarios ó profesiones de un individuo y se grave solamente á los capitales acumulados que por sí mismos constituyen una renta á sus poseedores. Este se cree que es el único medio justo de recaudar un impuesto sobre la renta, y varios miembros de la cámara de representantes son de opinion que un impuesto sobre capitales acumulados debia formar parte constantemente del sistema interior de entradas.

Cartas del Coronel Mansilla

MINAS DE AMAMBAY Y MARACAYÚ

(8ª Carta)

Señor D. Samuel Alberú.
Director de «El Nacional.»

Mi estimado amigo;

Caen torrentes de agua; pero estamos abrigados en el ranchito, que es bastante sólido y resiste al huracan.

Si el tiempo se compone, buscaremos la picada que conduce al punto deseado, y si no está intransitable llegaremos allí en la tarde, volviendo á dormir á potrero***.

Ha cesado la lluvia, el cielo se despeja, sale el sol.

Hemos buscado la picada y costeando la ceja del monte la hemos hallado, al fin, despues de un rato de andar haciendo zig-zags.

Las zanjas y arroyos están muy crecidos,—hay muchos árboles y tacuaras caidas. Caminamos con mucha dificultad, pero avanzamos, alcanzando hasta donde los primeros espedicionarios consiguieron hacer llegar una carreta.

El bosque es ideal, no penetra en la picada, ni un rayo de sol,—la soledad es imponente. No hay ayes, no hay animales de ninguna especie, no se oye el zumbido de ningun insecto; nada, nada interrumpe el quietismo de la naturaleza. Caminamos bajo una bóveda de exuberante vejetacion,—las palmeras son magníficas y rivalizan en altura con los cedros mas empinados.

Hay mucha agua y peligrosos *tembladerales*; hemos cruzado un lindo arroyo que tiene un pequeño salto, cuya caida impetuosa se oye de léjos. Lo pasamos á bola-pié.

Pronto llegaremos.

* * *

Ahí estamos. . . . . tengo un croquis hecho por Mayer de la posicion que ocupaban él y el Coronel Wisner en el momento de descubrir el oro cuando se hizo el primer viaje de esploracion.

Vaciló Wisner, le pregunté yo á Mayer en la Asuncion, cuando Vdes. llegaron á *** el dia 20 de Marzo de 1877.

No, me contestó Mayer, en cuanto caimos al arroyo,—me dijo en aleman: *aquí está enterrado el perro.*

Pues ahí,—lavé yo un plato de tierra y hallé tres chispas de oro,—pues ahí movimos entre cuatro una piedra errática que yacia en medio del arroyo, á la izquierda, sacando de abajo con mucha dificultad unos cuantos puñados de arena y hallé una chispa de oro.

El problema,—si problema habia, estaba definitivamente resuelto para mí.

Lo demás era obra de tiempo, de capital y de trabajo.

La noche se acercaba. Era necesario regresar á potrero ***.

Al dia siguiente volveria para inspeccionar una seccion del arroyo, ver el gran salto y pasar al Brasil.

Regresamos.

Hay tanta poesia en una noche tropical como en un poema del alma.

A qué he de intentar entónces describir aquella luz tan suave y melancólica,—aquella noche inolvidable, por su apacible magestad, y por las emociones del dia.

Reina en la selva vírgen un silencio sagrado que no debo continuar profanando con esta vil prosa mia.

* *

Estamos en el ranchito,—comemos,—dormimos,—y al rayar el dia ponemos pié en el estribo.

El cielo tiene el ceño fruncido como si meditara una catástrofe.

¿Qué hacer? Hay que seguir viage,—«á donde está enterrado el perro.» No tengo, sin embargo, esperanza de hallar el sitio de las *pepitas* que el Coronel Wisner me ha indicado en una de nuestras varias conversaciones *sobre lo mismo*; porque el arroyo está mucho mas crecido que cuando él estuvo allí con Mayer.

Llueve un poco; era casi seguro.

No importa. Adelante! adelante! es la consigna muda.

Estamos nuevamente en * * *

El ensayador no ha llegado. Pero el señor Wileman puede lavar, sino con mucha destreza, bastante bien.

Recorremos el arroyo—lecho de piedra arenisca,—márgenes de *cascalho*,—montañas de cascalho,—siendo las barrancas bastante elevadas en algunos puntos.

Ensayamos, hallando indicios de oro en tres sitios. Bajo otra piedra, como la primera, mas grande aún, que movemos del lecho del arroyo, hay una chispa de oro.

Quiero pasar al Brasil,—esperanzado en que al dia siguiente llegará el ensayador,—y visitar á la vuelta el salto grande del arroyo, á donde segun los primeros espedicionarios que hasta allí llegaron, es empresa difícil y peligrosa trepar sin romperse el bautismo.

Y, sin embargo, el Coronel Wisner quedaba empeñado en que lo habia de inspeccionar. Cómo? Haciéndose sungar. Es hombre tenaz,—de gran energía, ya lo he dicho,—y nada me sorprenderá saber que como lo decia, lo ha hecho.

* *

Estamos cruzando la parte mas alta de las serranas. La picada está casi borrada y es apenas una senda de indios. Cuesta subir. Los primeros espedicionarios que por aquí pasaron lo hicieron á pié. Nosotros tiramos el caballo de la rienda.

Hay un momento en que estamos perdidos. . . solo sabiendo por esperiencia lo que es perderse en un bosque se puede tener idea de nuestra ansiedad. Hay luz; pero no vemos el cielo. La vegetacion es un tejido impenetrable. Trabajamos duro con el machete y conseguimos hallar una salida en el rumbo debido.

De improviso nos hallamos fuera del monte; un gran descampado se abre á nuestra vista, á manera de anfiteatro,—y allá en el fondo se levanta un obelisco, blanco como la nieve, que marca los límites entre el imperio del Brasil y la República del Paraguay.

Estamos, pues, en otra jurisdiccion,—en la que no hay á quien rendir pleito homenaje,—y si no he de dormir al raso, debo descansar para volver al ranchito.

Me quedo descansando hasta la vista.

* *

En cuanto á la formacion geológica se parece mucho á la de Minas Geráes, poseyendo la misma *Itacolumita* y los conglomerados ferruginosos llamados *cascalho* que en el Brasil han dado y dan tan considerables cantidades de oro.

Itacolumita, viene del guarani, de Ytá, que significa piedra, y de COLUMI alto, altura y sus relacionados. La partícula *ta* se ha agregado por corrupcion. Este vocablo está incorporado al tecnicismo científico.

La *Itacolumita* es la roca madre del diamante. (véase *A System of Mineralogy*—J. D. Dana.)

Su affmo.

Lucio V. Mansilla.

SUELTOS

Bajo un sobre de impermeable, ornado con las iniciales *E. L.* entrelazadas bajo una guarda griega, hemos recibido, por la vía del misterio, la crítica que publicamos en seguida

A juzgar por la llanura de los vocativos y el *sans façon* de la censura, el maestro debe ser algun espíritu amigo, cuya última forma humana se ha exhibido quizá entre los convencionales de 93, en la Montaña, inspirado como Danton, pero mas lógico y humanitario.

El Coronel Garmendia es retado á un duelo literario.

Entre tanto, bueno es hacer constar que el público ha aplaudido el de Nantes y que se prepara á seguir con entusiasmo la controversia.

He aquí la crítica:

AL CORONEL GARMENDIA

Querido José Ignacio:

Has publicado ayer una traduccion que por lo ménos te ha costado cuatro ó cinco horas de trabajo.

Permíteme que te diga que, para un hombre habituado á trabajos sérios, como tú, es una debilidad pueril, vertir á nuestro idioma una tontería semejante. Esto por el lado literario, para que no me salgas disculpándote con la estética, que no tiene patria ni opinion.

Has contribuido inocentemente (conozco tus ideas) á popularizar la defensa de principios diametralmente opuestos á los que forman tu conciencia de hombre libre.

Ese teniente Olivero que el romancista atavía con las insignias ideales de una pureza angelical y de un carácter de intachable caballerosidad, es el mismo tipo que huye á Coblentz y engrosa las filas del ejército de Condé, cuando la Europa entera quiere ahogar la libertad humana en su cuna moderna: París. Es el mismo emigrado del 89, que no tiene la nocion de patria y que cree cumplir todos sus deberes en el mundo grabando en su corazon estos dos nombres: Dios y el rey.

El teniente Trouillefou, ennegrecido con un carbon humedo y miasmático, lanzado como el prototipo de la groseria y la barbarie, es tu antepasado, es el mio, es el hombre del pueblo, el reivindicador de la conciencia humana, el que muere silencioso en Valmy y Jemmappes, el que lucha como un desesperado en los muros de París cuando la Santa Alianza lo asedia, el que se hace matar en las barricadas de Julio, el que medio siglo ántes acompaña sin pompa y sin orgullo á Rochambeau y Lafayette á pelear por la independencia americana.

El escritor clerical y legitimista que traduces, persigue un fin de combate. Trabaja en Francia por el altar y el trono, contra la soberania popular y el sufragio libre.

Como Xavier de Montépin, pone en romance sus ideas políticas y presta las alas de su imaginacion, felizmente poco eficaz, á los credos eternos que han originado los seculares abusos en la historia.

Entre nosotros no tiene importancia esa fantasía que ni pone rey ni mina la Constitucion; pero ¿no crees q' tenemos una solidaridad séria y respetable con los liberales franceses, que luchan en este momento contra todas las remoras del pasado, dirijidas por el inmitable espíritu clerical fecundo en recursos para las controversias supremas?

Quieres trabajar, quieres emplear tus horas de ócio en suaves y útiles distracciones intelectuales? Toma una *Mademoiselle La Quintinie* de Jorge Sand ó algo por el estilo y viértelo á nuestro claro idioma.

Perdona, José Ignacio, esta salida y no te ofendas con quien cree cumplir con un deber, mostrando á tus ojos una perspectiva que te se habia pasado inapercibida.

Amigos siempre, verdad?

Sch.

Abril 2 de 1878.

Hace ya varias semanas que la secretaria del Senado comunicó al Ejecutivo la sancion definitiva del Presupuesto.

Esto no obstante, y á pesar de la urgencia imperiosa de ponerlo en vigencia á fin de restablecer el órden administrativo y económico, esa ley no ha sido promulgada todavia.

Los perjuicios ocasionados por esta indisculpable inercia aumentan diariamente, sin que nadie pueda esplicarse el porqué de la demora.

Pensará el señor Casares terminar sin presupuesto su periodo?

La inspiracion seria poco graciosa para el público, cuyos altos intereses se hallan vinculados á la promulgacion de la ley aludida.

Preguntábamos ayer que noticias habia acerca el estado hijiénico del paquete italiano «Cristóphoro Colombo»; hoy nos es dado anunciar sobre la palabra del señor Lavarello, director de la compañía, que la salud no ha sufrido nuevas perturbaciones á bordo.

En vista de las seguridades contenidas en los partes del comandante del buque, no comprendemos el silencio de nuestras autoridades sanitarias que, en estos momentos, deben comunicar rápidamente al pueblo las novedades favorables ó desfavorables que ocurran.

Los visitantes á la Exposicion Universal de París tienen á mano una buena oportunidad para efectuar su viaje con absoluta prescindencia de los temores de epidemia.

El vapor francés «Belgrano,» que llegará próximamente sin escala en puertos brasileros ú orientales, regresará directamente al Havre haciendo su jornada en veinte y tres dias.

De manera que los pasajeros iran garantidos contra la fiebre amarilla, pues suponemos que los agentes del «Belgrano» no imitarán á los señores Rocco, Piaggio é Figli.

Algunos desocupados residentes en la parroquia de Monserrat, han dedicado su tiempo á procurar firmas del vecindario, en una solicitud pidiendo la separacion del actual Juez de Paz.

Es una tarea doblemente inútil; en primer lugar, porque el funcionario aludido no ha dado hasta ahora motivo alguno de queja y los vecinos no se han de constituir en instrumentos de pasiones personales; en segundo, porque la tal solicitud, careciendo de fundamentos precisos no pasará de las porterias ministeriales.

Aconsejamos á los ajitadores de la cosa procedan con justicia y calma.

El ex-estudiante D. Ismael Carrillo, uno de los mas contraidos alumnos de la Facultad de Medicina, acaba de conquistar el doctorado, presentando una tésis brillante basada sobre observaciones climatéricas de Jujuy, provincia de su nacimiento.

El trabajo á que nos referimos, concluido perfectamente, merece estudiarse y conservarse por los prolijos datos y anotaciones que contiene revelando la consagracion del autor y el ópimo fruto recojido de sus veladas científicas.

Reciba el Dr. Carrillo nuestras sinceras felicitaciones.

Una queja de Su Señoria Ilustrísima Federico, Arzobispo de Buenos Aires, produjo la suspension violenta de "La Matraca", periódico ultra-católico que vé la luz pública desde hace varios dias, y que ha obtenido una circulacion esplicable tan solo por su nombre armónico con las solemnidades del culto.

Posteriormente, la Municipalidad, autora de esa resolucion depresiva del derecho, la ha reconsiderado y no tendremos cuaresma sin matraca.

Felicitamos á los buenos fieles para los cuales las esferioridades del catolicismo constituyen la religion del espíritu.

Por otra parte, los sacristanes y monaguillos herederos de la tradicional matraca, no corren ya el riesgo de verse entre rejas.

Segun se nos informa, algunos jeneradores de la justicia póstuma acarician la idea de levantar un monumento á la memoria de Peñaloza, el mártir de los Llanos, conocido vulgarmente bajo el apodo de «Chacho».

Al efecto, ya han iniciado varias reuniones privadas en las cuales se ha lanzado la idea de promover una conferencia literaria en Colon, á fin de obtener por el concurso patriótico del pueblo los fondos necesarios á la realizacion de aquel elevado pensamiento.

Murmúrase que esta noble iniciativa emana de la redaccion de nuestro colega «La Tribuna»

Recibimos lo siguiente:

Señor Redactor de la Seccion «Sueltos» de «El Nacional.»

He escrito el perfil del Dr. X. X. que me es grato adjuntarle, y sobre el cual solicito de su benevolencia su publicacion, en caso lo creyere digno de ocupar las columnas de su ilustrada y amena seccion.

Sin otro motivo saluda á vd. atentamente.

Rey.

C. de V.—Abril 3 1878.

Informe el carnero y vuelva. *Yo.*

El oro se va á las nubes!

Y los proyectos económicos duermen el sueño de los justos.

Señores Legisladores, *Anibal ad Portas!*

Leemos en un colega de la mañana:

«Parece fuera de duda que el partido *Republicano* ha obtenido un triunfo de importancia en las últimas elecciones.»

«Lo felicitamos muy cordialmente.»

Los sinceros parabienes del cófrade prueban amor á los principios.

VARIEDADES

EL DUELO DE NANTES

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS

Por el Coronel José Ignacio Garmendia

(Conclusion)

Se dirijió á la iglesia de San Pedro donde me desligué detrás de él.

Olivero marchó rectamente hácia la capilla de la vírgen, cayó pesadamente con sus dos rodillas sobre el suelo y se recojió en una plegaria sublime.

Esta escena era presenciada por dos hermosas señoritas tan preciosas como los ángeles, que consideraban con miradas llenas de admiracion y de tierna piedad aquel jóven y seductor oficial que elevaba aquella plegaria tan ardiente, tan larga, y con los ojos brillantes de lágrimas.

Oculto detrás de un pilar observaba con una angustia punzante, aquella escena estraña bañada por la luz misteriosa que reflejaban los viejos cristales de la iglesia.

Olivero se mantuvo dos horas orando, en seguida, levantándose, siempre pálido, casi sonriente y transfigurado, salió de la iglesia con la cabeza alta, la mirada altiva y dulce; el paso lento y firme.

¡Ah! dichosos aquellos que saben y pueden orar con tanto recojimiento.

IV

Seguí los pasos de Olivero y detrás de él penetré en nuestro risueño alojamiento de la calle de Argentré.

—Te esperaba, noble amigo! me dijo con emocion tomándome afectuosamente las manos.

—¿Que tal, te has calmado un poco, querido Olivero? ¿El paseo te ha dado algun consejo?

—¿Crees tú, acaso que vengo de paseo? me respondió con una sonrisa de despecho. No, he ido á pedir un consejo á alguien cuya sabiduría y afeccion no me han engañado nunca.

—¡Cuán dichoso eres! . . . . . creo que no tengo necesidad de repetirte que tu injuria me hace sufrir tanto como á tí y que no te perdonaría jamás me privaras del honor de ayudarte en este desfavorable lance.

—Te lo agradezco en el alma, pero no tengo necesidad de otra asistencia que la que ya he encontrado; tal como acabo de confiártelo.

—Creo haberme esplicado mal: querido amigo, he deseado decirte que me pongo á tu disposicion para arreglar el asunto.

—¿Qué asunto?

—Pero el duelo, pues.

—¿El duelo? repitió Olivero, mirándome con el aire de un hombre que se desprendiera de las nubes.

—Si, el duelo.

—¡Ah, no me batiré! exclamó vivamente. . . ¡No debo batirme. . . no puedo batirme!

—¡Sin embargo; es necesario!

—¿Quien me obliga?

—El honor del soldado.

—El honor del cristiano me lo prohibe.

—Reflexiona, mi querido amigo, repliqué con dulzura, así no mas, no se lleva la espada y esto es mucho menos que un galanteador que se sirva de ella para su legítima defensa.

—No hay mas legítima defensa que la que Dios permite, y Dios no permite el duelo.

—¿Olvidas, pues, que has sido abofeteado?

—Lo olvido . . . y lo perdono.

—Esto es admirable, heróico, sublime, mi querido Olivero; pero nuestros camaradas, tus gefes, el regimiento, no olvidan, nó, y exigen que el individuo que tiene el honor de llevar el uniforme no pueda jamás ser sospechado!...

—¿Sospechado de qué?

—De cobarde.

—¡Ah! ¿se precisa mas valor en mi situacion para obedecer á Dios que para desobedecerle?

—Ciertamente, pero el mundo, el ejército, no juzgan así.

—Dios que lee en el fondo de mi conciencia, lo vé y eso me basta.

—¿Pero qué? sériamente has tomado esa resolucion?

—¡Inquebrantable!

—¡No puedo creerte, á pesar de la firmeza con que me lo aseguras!

—No me batiré.

—¿Pero entónces, Olivero, qué harás? ¿cuál será tu rol en el regimiento? Porque tu situacion frente del teniente Trouillefou clama por un pronto desenlace.

—Le buscaré y le diré delante de nuestros camaradas: "Habeis supuesto que tenia la intencion de insultaros; os juro por mi honor que os habeis engañado y que jamás este pensamiento me vino á la memoria; sin duda sentis haberme cruelmente ultrajado? en el nombre de Dios misericordioso, os perdono y olvidaré la ofensa.

—Muy bien dicho, pero Trouillefou se te reirá en las narices y los compañeros te volverán la espalda.

—No puedo admitir lo que dices.

—Aun una vez. . . . . .

—Querido compañero, interrumpió el teniente Olivero con un tono grave que no admitia réplica, te vuelvo á repetir que mi resolucion es inquebrantable.

¿De qué me hubiera servido insistir? Tomé el camino de la escalera y al despedirme dije al heróico asesino.

—La noche da buenos consejos, hasta mañana, querido amigo.

La noche no le dió consejo alguno, al contrario, en la mañana siguiente lo encontré mas firme que nunca con su quimera de perdon y de olvido misericordioso.

¡Si hubiérais visto que polvareda levantó en el regimiento este suceso, desde el Coronel hasta el último recluta, cuando se esparció la voz de que el teniente Olivero, abofeteado por un cólega no pedia reparacion de la injuria sangrienta! En el cuartel, en la pension, en los cafés, en los salones, en toda la ciudad no se hablaba de otra cosa sino de este asunto y con escepcion de alguna vieja noble, dos almacenceros y tres clérigos no hubo quien no lanzase sobre mi amigo los epítetos mas sarcásticos é hirientes.

El asunto tomó tales proporciones en el regimiento y en la ciudad, que llegó el momento en que el Coronel creyó de su deber intervenir, para lo que hizo llamar á Olivero y lo apostrofó en estos términos.

—Decidme, señor teniente, ¿es cierto que habeis recibido una bofetada de ese animal de Trouillefou?

—Si, mi coronel.

—Entónces, es preciso batiros.

—No, mi coronel.

—¡Como no! rugió el viejo regañon con voz estridente.

—No señor, tengo tres poderosas razones en mi apoyo, replicó Olivero con firmeza.

—Veamos vuestras razones, señor oficial, exclamó el coronel desdeñosamente.

—Señor, el duelo es contrario á la ley humana, á la ley divina, y al mismo buen sentido

—¿Esas son todas vuestras razones?

—Si, mi coronel.

—Pues bien, señor oficial; exclamó el viejo militar con energía, os doy de plazo hasta el fin de la semana, si en ese tiempo no habeis pedido reparacion del insulto sangriento que os ha inferido el teniente Trouillefou os espulso ignominiosamente del regimiento.

Olivero se estremeció al contacto de aquella amenaza ultrajante.

—Señor coronel, solo á los criados culpables se arroja á la calle.

—Tambien se despiden, señor oficial, á los oficiales que deshonran por su cobardía el uniforme de sus camaradas.

—La ley de Dios está sobre la de los hombres

—Ta, ta, ta, ta, ta. Haceos capuchino, pues, ¡os batireis ó saldreis del regimiento! Podeis retiraros, no os detengo mas.

Despues del coronel, fué el general que se mezcló en el asunto: hizo venir al teniente Olivero, lo sermoneó, lo reprendió y aun le suplicó en nombre del honor y del ejército. Olivero respondió con respeto y con firmeza.

—Señor general, ordenadme que muera por la patria, por la sociedad, por la religion; por el órden, iré á la muerte alegre y contento. El verdadero valor consiste en desafiar al respeto humano cuando impulsa una mala accion.

—Está muy bien, señor oficial, esclamó el general con tono severo y amenazador, re erirés lo que pasa, al señor ministro de la guerra.

Olivero se inclinó y salió.

V.

Aunque las fuerzas humanas sean robustecidas por un sentimiento sobrenatural llegan á un límite en que tienen que ceder á las preocupaciones sociales. En las calles mostraban con el dedo al oficial que piadosamente se guardaba en el bolsillo las bofetadas que sufrió en el rostro: sus camaradas le volvian la espalda, los soldados no le saludaban ya, y yo tambien herido por aquella conducta inexplicable, evitaba el encuentro del que habia llamado mi amigo, y afanosamente trataba de buscar otro alojamiento por no habitar mas tiempo con un cobarde.

La medida estaba colmada, desbordó.

Una noche, siguiendo nuestra costumbre nos encontramos reunidos en el café Cambronne; el teniente Trouillefou infatuado como un pavo real se gozaba en su triunfo.

—Ahí teneis á esos títeres, gritaba entre dos gárgaras de aguardiente; insultadores y poltrones, soldados del papa. . . . eh.

Algunos concurrentes sonreian; pero la mayor parte no hacian caso de sus vociferaciones.

Repentinamente la puerta del café se abre: el teniente Olivero penetra con paso firme, el rostro sereno y pálido, los ojos rojos y llenos de fiebre, su aspecto grave y siniestro marcaba una resolucion firme. Trouillefou hizo oir una risa fingida y odiosa, á la que sucedió un concierto de murmullos significativos, ni una mano se tendió hacia el recien entrado y aquellos que estaban mas cerca de él se le alejaron como de un leproso.

En pié, con una voz lenta y dolorosa, nos dijo:

—Señores, habeis sido testigos de la injuria violenta que he recibido: mi intencion era perdonar porque mi religion enseña el perdon; vosotros no lo habeis querido, así, pues, os obedezco, Dios, que ha visto los combates de mi alma, repartirá las responsabilidades. ¡Sabed, pues, que el que tiene el honor de llevar vuestro uniforme no es un cobarde! Le forzais á un duelo, se batirá, pero á ese lance pone una condicion y os suplica que le acepteis: y es, que todos aquellos que han sido testigos del ultraje lo sean tambien de la reparacion.

—¡En hora-buena! esclamó el teniente Maudorée de Vauchabert.

—¡Sea! exclamaron varias voces.

—Mas vale tarde que nunca, gruñó Trouillefou.

—No he concluido, señores, replicó Olivero; la injuria tiene tal magnitud que es necesario que sea lavada en proporcion. Exijo un duelo á muerte, á pistola, á cinco pasos, una sola arma cargada. Habeis oido, teniente Trouillefou?

El héroe de Julio sorprendido por el apóstrofe, sufrió un instante de hesitacion; su rostro rojizo, estaba horroroso. Jadeantes de emocion escuchábamos, y yo por mi parte estaba hechizado de la actitud y del lenguaje de Olivero.

—¡Bravo! esclamé esto si que es hablar!

—Tiene razon prorumpieron varios oficiales.

—¿Está bien, un duelo á muerte! rechinó el teniente Trouillefou.

—¡Muy bien! exclamó Olivero. Mañana, señores, á las seis de la mañana, en el bosque de la Chavandiere, en la encrucijada de Trois-Louvards.

—¡Estaré sin falta! respondió Trouillefou.

—Tambien nosotros, exclamaron todos los oficiales á una voz.

Olivero tomó su gorra de cuartel y salió del café Cambronne; le seguí y abordándolo con mi aire alegre y tendiéndole las manos, le dije:

—Muy bien, mi querido amigo. Veo que te has vuelto razonable. No tengas cuidado, el Dios de los ejércitos te protejerá y te perdonará. . .

—Esperad, para volverme tu amistad, me respondió friamente, que veais sobre el terreno. Hasta mañana, mi querido compañero. Hasta mañana dije yo, envainando mi apreton de manos.

Volví al café que literalmente estaba en revolucion, todos los concurrentes hablaban á la vez con grande animacion, no se trataba sinó del incidente de la noche y todo el mundo aprobaba la conducta del teniente Olivero; habia recobrado la simpatía de sus camaradas y á pesar de la perspectiva fúnebre del dia siguiente, todos estábamos contentos.

—No será la última pipa que fume, esclamaba el teniente Trouillefou, esforzándose por reirse y vomitando al mismo tiempo repetidas bocanadas de humo.

Pero ya nadie sonreia á sus impertinentes salidas.

VI.

Al dia siguiente á las cinco y media de la mañana, los oficiales del regimiento estaban ya reunidos en la encrucijada de Trois-Louvards. A las seis ménos algunos minutos se presentó Trouillefou afectando una desenvoltura chocarrera. Un instante despues llegaba Olivero con paso grave, y saludó diciéndonos con voz firme.

—Gracias, señores!

El coronel estaba allí presente, él en persona habia traido un par de soberbias pistolas, esquisito regalo del Duque de Nemours en el campamento de Plelan.

Una sola pistola fué cargada por el coronel, delante de los espectadores que formábamos una muralla viviente en su contorno; enseguida nuestras filas se abrieron y el coronel se acercó á Olivero diciéndole:

—¡Señor teniente, habeis sido insultado, elegid!

Olivero tomó una de las pistolas sin turbarse y sin precipitacion; la otra fué entregada al teniente Trouillefou.

Los adversarios fueron colocados frente á frente: cinco pasos los separaba, medidos por el comandante Marbotin; en seguida los oficiales se agruparon mudos y ansiosos á derecha é izquierda de los combatientes: entónces el coronel descubriéndose esclamó:

—¡Empezad, señores!

Olivero con una calma admirable y una pasmosa frialdad, y la serenidad de un Juez, no hizo un solo gesto, no movió un solo músculo de su semblante femenino que tenia en ese momento algo de terrible.

El teniente Trouillefou, bajó su arma y pudimos ver en ese momento que su mano temblaba: oprimió el gatillo; golpeó el percutor, y solo se oyó la explosion del fulminante.

Oh! si hubierais visto entónces al héroe de Julio! pálido mortal, desencajado, titubeando de miedo, habrias tenido piedad de él. Qué sublime victoria la de Olivero